

74: Supervisando el Asilo - La Carrera Perfecta

- 74: Supervisando el Asilo - La Carrera Perfecta

74: Supervisando el Asilo - La Carrera Perfecta

El presidente Ryan hojeaba los archivos de Hannifal Lecter, con Eugène-Henry durmiendo sobre su regazo.

Había heredado su propia oficina ovalada de su difunto predecesor, aunque en realidad era de forma cuadrada. Mechron había construido cuarteles en los búnkers para alojar a los Genomas bajo su empleo; cada estudio tenía cerca de veinte metros cuadrados, incluyendo una cocina, un baño, camas y estanterías.

Lo más importante, cada habitación también disponía de un ordenador con acceso al sistema de la base. Aunque el búnker utilizaba varias redes independientes para gestionar sus operaciones, Adam y Psyshock habían recopilado una gran cantidad de datos útiles. A Ryan le tomó horas superar los cortafuegos, pero valió la pena.

Además del mapa del búnker, el viajero en el tiempo había conseguido varias de las archivos no clasificados de Mechron. La mayoría eran esquemas de androides, pero algunos profundizaban en tecnologías verdaderamente revolucionarias, como naves espaciales y mejoras cibernéticas para salvar vidas. Qué lamentable que Mechron hubiera usado su talento para la destrucción en lugar de servir a la humanidad. Ryan tenía la sensación de que el mundo sería mucho mejor si alguien más hubiera heredado su poder.

Estos datos eran solo una muestra de lo que contenía la computadora central, y Ryan estremeció ante la simple idea de que alguien como Augustus pudiera tener acceso a ello; cualquiera que lograra desbloquear las capacidades completas del búnker tendría una opción legítima para dominar el mundo. El lugar podía fabricar robots, armas de destrucción masiva y, por supuesto, controlar al Bahamut.

Lo más importante es que Ryan ahora sabía cómo la Meta-Banda había descubierto la existencia del búnker. Big Fat Adam y Psyshock estudiaban tecnología residual en las ruinas de la Antigua Roma, y capturaron una sonda de investigación aún activa que reportaba a la IA central del búnker. Rastrear su señal direccional hasta Nueva Roma, buscando saquear su tecnología.

Y ahora, era el turno de Ryan de abrirse paso en esta bóveda de metal.

Tras revisar los archivos, el presidente utilizó el sistema del búnker para contactar con algunos Genomas Azules. El primero fue Livia, a quien envió un mensaje solicitándole una reunión neutral para aclarar las cosas. El segundo fue el Arquitecto, la novia de Yuki, a quien contactó de manera anónima mediante una llamada encriptada.

“Así que, déjame entender,” la voz de Nora salió del ordenador. “¿Estás construyendo un búnker basado en la tecnología Genius, y quieres que vea si puedo forzar su apertura como una prueba de estrés?”

“Sí, estamos creando un espacio seguro para proteger a nuestros clientes de una segunda apocalipsis de los Genomas,” mintió Ryan mientras acariciaba las orejas de su gato, que despertó y ronroneó. “Nos gustaría contratarte para revisar los planos. Ver si puedes encontrar alguna debilidad estructural que podamos solucionar. Por supuesto, esta tarea será estrictamente confidencial.”

Nora recibiría una versión muy editada de los planos, para que no delatara la operación. Al menos, hasta que Ryan desbloqueara todas sus capacidades.

“Ya lo supe,” respondió el Arquitecto entre risas. “Sobre todo porque tu transmisión de imagen está toda oscura, señor...”

“Presidente,” replicó Ryan, habiendo decidido ya su nombre de supervillano. “Señor Presidente.”

Ella se encogió de hombros. “Es un nombre extraño, pero he oído peores. Sin embargo, debo advertirte que mi consultoría no sale barata, y ya tengo trabajos pendientes para Dynamis. No creo que pueda ocuparme de tu proyecto en las próximas semanas.”

“Por eso, trabajarás exclusivamente para nuestro gobierno de ahora en adelante.”

“No estoy seguro de entender—”

“Revisa tu cuenta bancaria para el pago inicial.”

Tras un breve silencio en el que Nora realmente cumplió con lo prometido, Ryan escuchó un suspiro del otro lado. “Eso... eso es un montón de ceros.”

Afortunadamente, la segunda superpotencia oculta de Ryan era el dinero. “¿Suficiente para dejar de lado momentáneamente sus obligaciones anteriores, señorita Moore?”

“¡Creo que sí, se puede arreglar!”

“Muy bien,” dijo Ryan, mientras su gato se regocijaba por la confirmación del plan. “Le enviaré los datos y comenzará de inmediato. Además, me han informado que mantiene buena relación con la superheroína Wardrobe.”

“Somos amigos cercanos, sí,” mintió Nora. Quizá intentaba minimizar el conocimiento público sobre su vida privada. “¿Por qué lo pregunta?”

“Bueno, quería saber si ella confecciona disfraces en su tiempo libre, aparte de ser superheroína. Necesito urgentemente un disfraz presidencial, pero no quiero que su agente me cierre las puertas.”

“Sabio, tomaría semanas poder hablar directamente con ella. Los gerentes de relaciones públicas son peores guardianes que Cerbero. Pero claro, puedo pedirle que se ponga en contacto contigo. ¿Qué tipo de disfraz buscas?”

“Uno de cachemira.”

¿Había alguna duda?

Luego de reclutar a su primer genio, Ryan llamó a su favorito tras Len. Temía enfrentarse a esa conversación, especialmente porque significaba interactuar estrechamente con ella durante semanas. El tiempo había pasado, pero la herida permanecía fresca.

“¿Quién es?” Su voz sorprendida salió del ordenador. “¿Cómo conseguiste este número?”

Escuchar la voz de Jasmin—o Vulcan—hizo que Ryan se tensara, pero se mantuvo en su personaje. “¿Te gustan las armas, señorita Sharif?”

“¿Jugamos a las veinte preguntas, o solo eres un acosador?”

“Me encantan las armas, señorita Sharif,” soltó el presidente, ignorando a su exnovia. “Me encanta construir un gran cañón, cargarlo y descargar su munición. Me gustan los aviones, los tanques y los submarinos. Disfruto ordenando ataques con drones por la mañana. Creo que las balas son la mejor política exterior.”

“Estoy hackeando tu ubicación. Te vas a arrepentir de llamar en broma,” su tono confiado se tornó en un ladrado de frustración. “Maldita sea, ¿estás usando servidores proxy?”

“¿Qué sentirías si te propusiera un asalto a la sede de Dynamis?” Ryan lanzó el primer golpe. “Humillar a Wyvern y aplastar a las corporaciones con una ventaja tecnológica imparable.”

Por supuesto, sabía cómo complacerla en todos los aspectos importantes. “Estoy atento.”

“Mi nombre es señor presidente, y voy a actuar como Teddy ‘Trustbuster’ Roosevelt en Dynamis. Las corporaciones han pensado por demasiado tiempo que están por encima de la ley. Mi ley.”

Dado que el acuerdo con Manada requería la complicidad de Psyshock y Ryan pronto se desharía de él, la alianza inevitablemente colapsaría. Además, el presidente necesitaba conseguir las muestras de Dr. Tyrano, y dudaba que Dynamis abriera las puertas del Laboratorio Sesenta y Seis incluso a sus ‘aliados’. Big Fat Adam había confirmado en una misión anterior que el búnker disponía de infraestructura para producir Elixires, así que el mensajero podría fabricar su propia reserva.

Ryan envió algunos esquemas de androides a Vulcán. “Eso es tecnología Mechron,” dijo ella, con mezcla de preocupación y entusiasmo. “¿Cómo conseguiste esto?”

“Hay más en mi ubicación. En cuanto a cómo, dependerá de si podemos...” Ryan dejó la frase en el aire, canalizando su lado más malvado, “ayudarnos mutuamente. Genio con genio.”

“Vale, esto huele muy raro. Eres como uno de esos villanos de dibujos animados de los sábados por la mañana con delirios de grandeza.”

“Por supuesto,” respondió Ryan con sequedad. “Pero tengo una visión, no delirios.”

“De acuerdo,” rió Vulcán al otro lado. “Admito que has despertado mi curiosidad. Y si realmente quieres herir a Wyvern en su punto débil, entonces nos llevaremos muy bien. Pero necesitas más que solo tecnología para convencerme. Tú lo dijiste. Si tú me ayudas, yo te ayudaré a ti.”

¡Ah, a Ryan le encantaba cerrar tratos al estilo Faust. Tenía una idea bastante clara de lo que ella pediría. “¿Y cómo podría ayudarte, señorita Sharif?”

“Actualmente, Dynamis está filmando una nueva película de Wyvern en Star Studio,” dijo ella, “Tira eso a la basura, y después hablamos.”

Ella nunca cambiaba. “Dame tiempo para conseguir el vestuario adecuado, y prenderé fuego al escenario. No olvides encender la televisión cuando lo haga.”

“Claro, lo haré. Sorpréndeme.”

Y así, empezó a tomar forma el malvado plan de Ryan.

Ahora... era momento de contactar al último Genio en su lista.

Ryan había longamente meditado si debía o no llamarlo. No confiaba en aquel hombre, pues su anterior alianza había terminado en traición y desastre. Ni siquiera habían hablado en años; siglos desde el punto de vista del mensajero.

Pero para transferir con seguridad el mapa mental de Len, necesitaba a alguien capaz de eliminar el sabotaje de Psyshock. Un Genio especializado en tecnología que alteraba cerebros, quien pudiera perfeccionar la máquina y quizás mejorar su diseño. Si fuera solo por Ryan, el mensajero no habría continuado con ello.

Pero ya no se trataba solo de él.

Ahora, también debía salvar a Len.

Al final, el mensajero utilizó un canal que hacía mucho no empleaba, una voz masculina áspera proveniente del otro extremo. “¿Qué?”

“Alchemo,” dijo Ryan, apretando los puños y sorprendiendo a su gato. “Soy Quicksave.”

La noticia impactó a Braindead. “¿Romano?” preguntó, como si todavía tuviera dudas. Pero su confusión pronto se convirtió en ira. “¡Maldito idiota! Han pasado dos años, dos años desde que desapareciste sin aviso, y ahora me llamas como si nada hubiera ocurrido.”

Sí, pero solo después de que el Genio intentara poner el cerebro de Ryan en un frasco. Aunque Alchemo no recordaba ese fallido intento, el mensajero nunca lo olvidó. Especialmente porque ocurrió justo después de que Ryan confesara su secreto más profundo.

“¡Le rompiste el corazón a la Muñeca, egoísta!” se quejó el viejo Genio. “Ni siquiera sé por qué te hablo ahora. ¿Qué, te sientes solo y decidiste—”

“Estoy reclamando mi favor,” interrumpió Ryan con rapidez, cortando su monólogo.

Esto hizo que el viejo Genio retrocediera atónito. “¿Adónde?” preguntó, su tono cambiando de enfado a cierta preocupación.

“En Nueva Roma. Te enviaré las coordenadas.”

“Mejor que tengas una buena explicación, Romano, porque traeré a la Muñeca conmigo. Ella no aceptará un no por respuesta.”

“Claro,” respondió Ryan, colgando de repente y enviando las coordenadas del Vertedero por mensaje de texto. Mientras hacía esto, el Presidente recibió otro mensaje, encantador, como siempre.

Livia había aceptado su invitación.

Alguien tocó en la puerta de la oficina oval. Probablemente un pasante queriendo jugar a Bill y Monica. “Adelante,” dijo Ryan, con una mano en la espalda de Eugène-Henry, mientras las puertas se abrían. Sarín y Mosquito entraron en la sala, para la decepción del Presidente. “¿Sí, mi querido Cáncer, Ad?”

“El Land reportó un Genoma invisible merodeando por la ciudad, aunque siempre huía cuando intentábamos interceptarlo,” respondió Sarín, sin captar la broma. Ryan sospechó que era el señor Safelite vigilando las actividades del Meta-Gang. “Todo lo demás está bajo control. ¿Cuál es el plan de acción ahora?”

“En orden, eliminaremos a Psyshock, curaremos a sus víctimas, nos mantendremos discretos y conquistaremos el búnker,” explicó el mensajero. “Mantendremos Rust Town por ahora, pero sin más ataques afuera.”

“¿Y los Augusti, Jefe?” preguntó Mosquito. “Ya golpeamos duramente a su gente. No olvidarán esto, incluso si dejamos de atacarlos.”

Es curioso que preguntes, porque acabo de recibir una respuesta de Minerva. Incluso aceptó su ‘petición especial’. Vamos a ofrecer una auténtica ofrenda de paz a los Augusti, y luego prepararnos para la guerra con Dynamis.

Aunque a Sarin no le importaba en absoluto, Mosquito parecía algo preocupado por la nueva política exterior. “¿Guerra con Dynamis?”

“Sí, estamos en guerra con Dynamis,” señaló el viajero en el tiempo. “Siempre hemos estado en guerra con Dynamis.”

“Jefe, creo que esa no es una buena idea. Psychock dijo que deberíamos evitar—”

¿Estoy soñando, o estás convirtiéndote en una minoría vocal? —preguntó Ryan, rascándole las orejas a Eugène-Henry—. ¿Dejas la mayoría silenciosa, Mosquito?

El hombre-bicho bajó la cabeza. “No, Señor Presidente.”

“Me encanta la democracia,” respondió Ryan, mientras Eugène-Henry saltaba de sus manos y se instalaba en la cama del estudio. “Empoderar a la gente para que haga lo que yo quiero.”

Eso no era lo que preguntaba, dijo Sarin, ligeramente molesto. “Me refería a la cura.”

Bueno, tengo una idea, dijo Ryan, reflexionando detenidamente. ¿Ves a Mongrel?

Sí, está comiendo ratas en el Vertedero. ¿Qué hay de él?

Su poder le permite beber múltiples Elixires y usar varias habilidades, aunque no lo hace inmune a las mutaciones, explicó Ryan. Y también conozco a alguien que consumió dos jugos de colores sin volverse un Psycho.

La cabeza de Sarin se animó interesada. ¿Como Augusto?

Sí, y tengo el presentimiento de que estos dos nos ayudarán a encontrar una cura para la condición Psycho. Especialmente porque el Dr. Tyrano parecía confiado en poder crear una, si alguien como Livia cooperaba. Finalmente, disponemos de una pieza más del rompecabezas.

¿Cuál, jefe? preguntó Mosquito, habiendo redescubierto su patriotismo interior.

Bueno, mi amigo chinche, dijo el presidente levantándose de su silla, la Elixir parlante entre nosotros, por supuesto.

Y hacía tiempo que una discusión era urgente.

Dejando a su equipo y a su gato, el Presidente entró en el área recreativa. Los Psicópatas habían limpiado el lugar, con Frank reemplazando el antiguo arcade de Street Fighters por uno de Donkey Kong. El extraño mutante sin rostro llamado Incognito ocupaba el mostrador del bar reparado, ofreciendo refrescos a quien pidiera.

Los niños y sus peluches habían tomado la mayor parte del atrio, los huérfanos jugando algún tipo de juego de mesa en torno a una gran mesa. Los duendecillos les llevaban jugo y aperitivos, y los peluches golpeaban a las criaturas con palos cuando llegaban tarde o eran torpes. A veces, estas terribles influencias incluso incentivaban a sus propios hijos a hacer lo mismo.

Para su sorpresa, Ryan observó a la abominación original peinando a la pequeña Sarah con un cepillo. Sin embargo, el mango parecía hecho de un fémur tallado, con dientes humanos en lugar de cerdas.

El peluche estaba aprendiendo.

El mensajero salió rápidamente, dirigiéndose hacia la reserva de Elixires. El Elixir Negro había obtenido su propio estudio vacío cerca de las áreas recreativas, con Ryan encargándose de supervisar las imitaciones. El Presidente sabía que no debía confiar esa tarea a ningún Psycho bajo su mando, ni siquiera a Frank o Sarin.

Has llegado, dijo el Elixir Negro con su voz alienígena potente, mientras el mensajero entraba en su guarida. El estudio había sido vaciado de todos los utensilios, excepto las cajas de copias baratas. Solo quedaban paredes metálicas frías y desnudas. “Yo ayudé... tú ayudas.”

Sí, lo haré, pero necesito entender cómo, mi amigo lovecraftiano. Sinceramente, ni siquiera sé qué eres tú. —Ryan cerró la puerta y apoyó la espalda en ella—. Eres un Elixir, ¿verdad? ¿Uno de un octavo color?

—Sí... soy de piel negra... la paradoja... la negación... la libertad de todas las reglas... caos destilado...— La criatura luchaba por encontrar una forma de explicarlo.— Por eso... a los otros les enseñaron... a cumplir con su deber, pero yo... no puedo estar atado... no quiero vincularme... con nadie.

¿Era acaso un rebelde natural? ¿La misma naturaleza de sus poderes lo hacía inestable y reacio a vincularse con un humano?—¿Es por eso que el Alquimista no producía Elixires Negros?

—Somos paradojas... deshacemos las reglas por nuestra propia naturaleza... las reglas que sostienen tu universo... si careces de algo que te defina... no eres nada...—

Haber dado a Ryan la capacidad de reescribir el tiempo había sido aceptable.

Convertir a Augusto en una fuerza imparable había sido aceptable.

Mechron había sido aceptable.

Pero los Elixires Negros se consideraban fuera de límites.

Eso debería decirlo todo.—Dijiste que te enviara de vuelta a lo Negro. ¿Te refieres a la dimensión Negra? ¿Hay una para cada color?

—Sí... El Mundo Negro... devuélveme allí... esta realidad inferior... me vuelve loco... su gravedad me constriñe... tus causas producen efectos, y tus efectos deben tener causas...— El ente suspiró con frustración.— Me veo atrapado en una prisión en forma de molécula...

—Todo tiene sentido en nuestra dimensión, ¿verdad?— resumió Ryan el problema.

—¡Sí!— respondió la entidad interdimensional con un destello de emoción.— No soy... no soy libre... de adoptar cualquier forma que desee... a diferencia de los otros Elixires... nunca fue mi destino... estar aquí... Quiero volver... a casa.

Ryan sintió una punzada de compasión por la criatura. Por supuesto, este universo era tan aterrador para ella como la baba lo era para los humanos.—El asunto es que, incluso si logro encontrar una forma de enviarte de regreso, debes entender que sigo retrocediendo el tiempo... Podrías ser arrastrado accidentalmente de vuelta a nuestra dimensión, como los gremlins.

—No,—rugió—. Una vez al otro lado, buscaré ayuda en el Supremo.

Ese término de nuevo.—¿El Supremo?

—El Supremo Negro... el deshacedor... el que rompe las reglas... incluso la causalidad.

—¿Entonces hay más de uno? ¿Uno para cada dimensión de color?

—Son... la encarnación de su color... los seres supremos que vigilan los reinos superiores... nosotros somos...— La Elixir Negra buscaba la palabra adecuada—somos sus servidores... sus emisarios...

—¿Sus sacerdotes?— sugirió Ryan.

—Sí. Somos conductos... entre los reinos inferiores y los superiores... conectamos lo profano con lo divino... para que algún día los seres menores puedan ascender.

¿Ese era el verdadero objetivo del Alquimista? ¿Eleva eventualmente a la humanidad al nivel de los Primordiales? ¿Transformar a los hombres en dioses? Bueno, solo había que mirar a Augusto para ver dónde había ido a parar esa aspiración.—¿Significa eso que todos son seres conscientes? ¿Todos los Elixires?

—Los auténticos, sí... pero son... sumisos. No tienen otro propósito que ayudar... vincularse... con aquel llamado el Alquimista... quien los instruyó en cómo vincularse con humanos... no sé cómo. Los de metal intentaron enseñarme... pero yo... me negué a comportarme.

—¿Los de metal?

—El Azul, el que... fabricó este lugar de metal, ya no está... pero sus creaciones siguen con su tarea.

Mechron estaba muerto, pero su IA seguía investigando Elixires en su nombre. Eso explicaba las criaturas en los tanques, y las palabras de Big Adam sobre un sistema de producción paralelo dentro del búnker. La instalación tenía como objetivo descubrir nuevas tecnologías que el Genio pudiera usar para dominar el mundo, y continuaría haciéndolo hasta que lo desconectarán.

“Hay un portal en este búnker,” adivinó Ryan. “El que la inteligencia artificial de Mechron solía usar para invocar desde tu dimensión natal.”

“Sí. Una vez que lo atraviere, el Gran Uno... deshará la causa que me trajo aquí... me eliminará del flujo de causalidad, y la realidad se reestructurará... cuando modifiques el tiempo, nunca habré estado aquí... solo tú lo recordarás.”

Si una criatura pudiera reescribir la realidad con tanta soltura y even borrar a alguien del flujo temporal, ¿podría también hacerlo en sentido inverso?

La mente de Ryan se remontó de inmediato a Jasmine. “¿Podría hacer algo más? Si controla los paradojos, ¿el Gran Uno podría traer a alguien? ¿Alguien que nunca existió?”

“Quieres devolver... a alguien que borraste...” medita el Elixir Negro para responder. “Nada es imposible para los Grandes Uno, siempre y cuando esté... dentro de los límites de su color... pero habrá... un precio.”

“Estoy dispuesto a pagarlo.”

“Pero no por ti... no solo por ti...” lo corrigió el Elixir Negro. “Tu realidad no puede soportarnos... no importará si yo desaparezco, ya que soy... un fallo... pero tu amiga...”

“Ella dañará la misma realidad con su mera existencia.” El ánimo de Ryan decayó. “Entiendo.”

“¿Aún quieres que le pida... al Gran Uno? Puede que escuche.”

“Ya veremos cuando llegemos a esa decisión,” respondió el mensajero cruzando los brazos. “No tiene sentido hablar antes de abrir el portal. ¿Por qué me contactaste, siendo tú tan solo uno más en esta historia?”

“Recuerdas, y tú... tienes una fuerte conexión... con la Violeta, la que supervisa el flujo de causalidad... ves las cosas con su ojo...”

Ryan se quedó paralizado. “¿Qué quieres decir?”

“Eres el observador de esta línea temporal... decides si este momento es real o no... tienes ese poder por voluntad... de la Violeta.”

El mensajero analizó cuidadosamente esas palabras. Ya sospechaba algo, pero que se lo confirmaran...

“Me preguntaba cómo interactuaba mi poder con cosas como los viajes dimensionales,” dijo el viajero en el tiempo, recordando a los gremlins. Ellos lo Recordaban, pero existían en otro reino más allá de su alcance. Debería haber causado paradojas temporales, y sin embargo, no fue así. “Funciona porque un poder superior armoniza las cosas y se asegura de evitar contradicciones.”

Los incontables ojos y bocas del Elixir Negro se movieron, Ryan interpretó esto como un asentimiento. “El Gran Gran Violeta... es la puerta y la llave... de todo el espacio y el tiempo... es el supremo vigilante de la causalidad... Pude ver su voluntad en acción en la línea temporal anterior.”

La criatura piramidal.

“¿Fue él quien organizó esta reunión?” preguntó Ryan, sintiendo cierta angustia existencial.

“¿Estoy siquiera en control de mis acciones, o él decide todo de antemano?”

Para su sorpresa, la respuesta del Elixir Negro resumaba optimismo. “Eres libre... simplemente... fuiste guiado. El Gran Violeta solo interviene para mantener la coherencia de esta realidad, pero... tú eres tan pequeño... tu universo no es más que una molécula para los Grandes Uno...”

“¿Dios no maneja las cosas al detalle?”

“No,” confirmó el Elixir Negro. “No controla, simplemente empuja... se te muestra un camino, pero... es tu decisión seguirlo o no. El Gran Uno ya no interviene en esta línea temporal.”

¿Entonces, Ryan estaba solo esta vez? La entidad le ofreció una salida a su problema y soledad previos, pero luego optó por centrarse en otros asuntos. El mensajero era libre de aceptar esa opción, buscar otro camino, o arruinarlo todo. Era, en cierto modo, una sensación de liberación.

—Muy bien, encontraremos ese portal y te devolveremos a casa —dijo Ryan, mientras el Elixir Negro se retorció en señal de alivio. Observándolo resultaba casi adorable, aunque de una manera perturbadora. —¿Cómo debería llamarte mientras tanto?

—No necesito nombres —respondió la entidad—. Las palabras no pueden describir...

—Entonces te llamaré Darkness —decidió Ryan.

—Existió más allá del tiempo... más allá de la razón... no puedo ser definido por un solo—

—Soy el Presidente. De ahora en adelante, tu nombre será Darkness —intervino Ryan.

El Elixir Negro permaneció en silencio por un momento, sus innumerables ojos fijados en Ryan. El Presidente de repente se preguntó si había molestado a la entidad. —Lo que sea —dijo Darkness, pero su tono insinuaba otra cosa.

Resultó que, incluso los extraterrestres podían hacer pucheros.